

del Centro de Diego de León, en Madrid, a donde el 31 de marzo de 1969 se trasladaron sus restos.

6. La contribución de Dolores al Opus Dei

San Josemaría dejó claro testimonio de la contribución que su madre había tenido en la vida del Opus Dei: “No recuerdo haberla visto nunca desocupada; siempre estaba atareada en alguna cosa: hacía una labor de punto, cosía o recosía prendas de ropa, leía...”. Recordaba su cariño, su cuidado del hogar, su laboriosidad: “No tengo memoria de haber visto jamás a mi madre ociosa. Y no era una persona rara: era una persona corriente, amable. No tenía la vocación nuestra, pero era una buena madre de familia, de familia cristiana, y sabía aprovechar el tiempo” (*Carta 29-VII-1965*, n. 53: AGP, serie A.3, 94-4-1).

Entre otros detalles que muestran esa realidad, san Josemaría destacó dos. La importancia que su madre había tenido en su formación cristiana; cumplidos ya los setenta años, comentaba: “Todavía hoy, a mis siete años –ya sabéis que el cero lo he mandado de paseo–, recito por la mañana y por la noche las oraciones que me enseñó mi madre. De modo que le debo, a estas alturas, la piedad de toda mi vida” (Apuntes tomados en una tertulia, 21-X-1972, en *Dos meses de catequesis*, I, 1972, p. 174: AGP, Biblioteca, P04). Y la impronta que su madre y su hermana habían dejado en un rasgo fundamental del espíritu del Opus Dei, el espíritu de familia: “veo como Providencia de Dios que mi madre y mi hermana Carmen nos ayudaran tanto a tener en la Obra este ambiente de familia: el Señor quiso que fuera así” (*Crónica*, 1969, p. 402: AGP, Biblioteca, P01).

Voces relacionadas: Albás, Familia; Escrivá Corzán, José; Escrivá de Balaguer y Albás, Carmen; Escrivá de Balaguer y Albás, Santiago; Mujeres en el Opus Dei. Inicio del apostolado.

Bibliografía: AVP, I y II (ver Índice de nombres); Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador, de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2006¹⁴; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002; Santiago ESCRIVÁ DE BALAGUER, “Josemaría, para mí, más que un hermano, fue un padre. Era un santo «de carne y hueso», no un santo de «pasta florida»”, entrevista realizada por Santiago Álvarez, *Palabra*, 326 (1992), pp. 243-247, publicada también como “Un'intervista all'Avv. Santiago Escrivá, fratello del Fondatore dell'Opus Dei”, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 14 (1992), pp. 140-146; *Id.*, “Mi hermano Josemaría”, 17-V-1992, *ABC*, Madrid; Esther TORANZO - Gloria TORANZO - Lourdes TORANZO, *Una familia del Somontano*, Madrid, Rialp, 2004.

Gloria TORANZO

ALEGRÍA

1. Alegría, virtud cristiana. 2. Se fundamenta en la filiación divina. 3. Es factor importante para la convivencia. 4. La alegría, rasgo característico del espíritu del Opus Dei. 5. La tristeza, enemiga de la alegría.

Según el *Diccionario* de la Real Academia Española, la alegría es un “grato y vivo movimiento del ánimo, ya por algún motivo fausto o halagüeño, ya a veces sin causa determinada, y el cual, por lo común, se manifiesta por signos exteriores”. Psicológicamente, se considera una pasión, un sentimiento, en el cual lo que penetra en nuestra intimidad (ya sea una cosa, una persona, un suceso) se percibe como un don que se nos aparece con un aspecto de claridad y luminosidad (cfr. LERSCH, 1974, p. 203). Desde el punto de vista espiritual, la alegría es un fruto del Espíritu Santo (cfr. Ga 5, 22) y en ese sentido, dirá santo Tomás de Aquino, que “es una virtud no distinta de la caridad, sino cierto acto y efecto suyo” (S.Th., II-II, q. 28, a. 4).

Se suelen distinguir dos tipos de alegría. Una externa, relacionada con el tem-

peramento, con la salud y con la buena marcha de las cosas, y otra más profunda, espiritual, que tiene que ver con el tono vital integrador de la personalidad, y que va creciendo al ritmo de la maduración de toda la vida espiritual. Así lo entendió también san Josemaría: “La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios” (C, 659).

Desde esta perspectiva se percibe con claridad que la alegría es un concepto fundamental en la espiritualidad y particularmente en el mensaje del Opus Dei. Pertenece al perfil del hombre y de la mujer cristianos que san Josemaría dibuja: “Quiero que estés siempre contento, porque la alegría es parte integrante de tu camino” (C, 665). Su enseñanza sobre esta virtud es muy amplia, como manifiesta, digámoslo a modo de ejemplo, que en *Surco* haya un capítulo con cuarenta y cuatro puntos dedicados al tema (algo parecido ocurre en otras de sus obras).

1. La alegría, virtud cristiana

La alegría es una virtud de especial relieve en el cristiano. Aunque, más que virtud, es una consecuencia de vivir las demás virtudes: la alegría perfecciona el acto virtuoso, pues se presta más atención y más celo a aquellos actos que se realizan con alegría, según afirma santo Tomás de Aquino (cfr. *Comentario a la Ética a Nicómaco*, Libro 1, Lección 13).

El anuncio del nacimiento del Hijo de Dios a los pastores se llevó a cabo con estas palabras de gozo: “Vengo a anunciaros una gran alegría...” (Lc 2, 10). El Evangelio –que significa buena noticia– nos enseña cómo la felicidad verdadera, la que perdura por encima de las contradicciones, del dolor y de la muerte, es la de quienes se encontraron con Dios y supieron seguirle en una entrega generosa: es la alegría del anciano Simeón al tener en sus brazos al

Niño Jesús (cfr. Lc 2, 29-30), es el inmenso gozo de los Magos al encontrar de nuevo la estrella que habían perdido en el camino de Belén (cfr. Mt 2, 10), o el alborozo de los Apóstoles cuando se encuentran con Cristo Resucitado (cfr. Jn 20, 20), etc.

La alegría no está en los goces de fuera: “La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar alegría. Porque la alegría tiene otro origen: es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza, forman parte, por desgracia, de la vida de muchos” (GD, 1).

Cristo promete a los Apóstoles hacerles partícipes de su alegría: “Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar” (Jn 16, 22). Esta alegría, sin embargo, no es más que un principio, un adelanto de aquella otra a la que hemos sido llamados por Dios como coronación de la vida terrena. Como enseña santo Tomás, “el gozo de esta vida no puede ser pleno. Lo será cuando en la patria poseamos de modo acabado el bien perfecto: ‘entra en el gozo de tu Señor’ (Mt 25, 21)” (*Super Ev. S. Ioann. lect.* 15, 1, 2). Esa es también la enseñanza de san Josemaría: “La alegría de los pobrecitos hombres, aunque tenga motivo sobrenatural, siempre deja un regusto de amargura. –¿Qué creías? –Aquí abajo, el dolor es la sal de nuestra vida” (C, 203).

La alegría no se debe, pues, a que todo salga bien, sino a que está fundada en la confianza en Dios, que nos ayuda a superar las dificultades. “La alegría es un bien cristiano. Únicamente se oculta con la ofensa a Dios: porque el pecado es producto del egoísmo, y el egoísmo es causa de la tristeza. Aun entonces, esa alegría permanece en el rescoldo del alma, porque nos consta que Dios y su Madre no se olvidan nunca de los hombres. Si nos arrepentimos, si brota de nuestro corazón un acto de dolor, si nos purificamos en el santo sacramento de la Penitencia, Dios

sale a nuestro encuentro y nos perdona, y ya no hay tristeza” (ECP, 178).

2. Se fundamenta en la filiación divina

La alegría es fruto del Espíritu Santo, que lleva a profundizar en la filiación divina. Por eso, las personas más felices, también en esta vida, han sido y son los santos, es decir, los cristianos que han vivido a fondo su fe. El reconocimiento de nuestra dependencia filial de Dios es “fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza” (CCE, n. 301). Cuanto más se avanza en el camino hacia Dios, mayor y más tangible será la alegría.

San Josemaría enseñó siempre que la alegría nace de la filiación divina y se alimenta del cumplimiento de la Voluntad de Dios: “Alégrese el corazón de los que buscan al Señor” (1 Cro 16, 10; cfr. C, 666). La alegría es consecuencia de la filiación divina, de sabernos queridos por nuestro Padre Dios que nos acoge, nos ayuda y nos perdona (cfr. F, 332). Ese seguro anclaje en la filiación divina le llevaba a decir: “Los hijos de Dios, ¿por qué vamos a estar tristes? La tristeza es la escoria del egoísmo; si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias. La alegría se mete en la vida de oración, hasta que no nos queda más remedio que romper a cantar” (AD, 92). O, con otras palabras: “Si nos sentimos hijos predilectos de nuestro Padre de los Cielos, ¡que eso somos!, ¿cómo no vamos a estar siempre alegres? –Piénsalo” (F, 266).

La alegría pertenece a la esencia de la santidad. Estamos contentos porque “hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene” (1 Jn 4, 16). “Que estén tristes los que no se consideren hijos de Dios” (S, 54). San Josemaría asociaba, pues, la alegría a la santidad. Por eso, no es obstáculo para la verdadera alegría que las circunstancias en que se desarrolla la existencia de una persona sean difíciles o dolorosas. La alegría es compatible con la existencia

de dificultades, del dolor y de la muerte: “Esta es la diferencia entre nosotros y los que no conocen a Dios: ellos en la adversidad se quejan y murmuran; a nosotros, las cosas adversas no nos apartan de la virtud ni de la verdadera fe. Por el contrario, éstas se afianzan en el dolor” (SAN CIPRIANO, *De mortalitate*, 13). Esto es así porque la santidad consiste en identificarse con Cristo y a Cristo lo encontramos en la Cruz. Por eso, enseñaba san Josemaría que “la alegría tiene sus raíces en forma de Cruz” (F, 28). La consecuencia es que “nadie es feliz, en la tierra, hasta que se decide a no serlo. Así discurre el camino: dolor, ¡en cristiano!, Cruz; Voluntad de Dios, Amor; felicidad aquí y, después, eternamente” (S, 52).

3. Es factor importante para la convivencia

La alegría es fruto de un corazón bueno, pues como escribe Hermas: “Todo hombre alegre obra el bien. En cambio, el hombre triste se porta mal en todo momento” (*El Pastor de Hermas*, “Mandamientos”, 10, 3; RUIZ BUENO, 1974, p. 994). De ahí que la alegría se manifieste como un efecto de la caridad.

Por eso, la vocación cristiana, fundamentada en la filiación divina, convierte a los hombres en “sembradores de paz y de alegría”. Era ésta una expresión muy querida de san Josemaría, con la que deseaba expresar que cuando se busca sinceramente la santidad, se alcanza también la paz del corazón y, con la paz, la alegría, que acaba desbordándose en los demás: “Si vivimos así, realizaremos en el mundo una tarea de paz: sabremos hacer amable a los demás el servicio al Señor, porque *Dios ama al que da con alegría* (2 Co 9, 7). El cristiano es uno más en la sociedad; pero de su corazón desbordará el gozo del que se propone cumplir, con la ayuda constante de la gracia, la Voluntad del Padre” (AD, 93).

El cristiano proclama su testimonio con alegría y buen humor, aprovechando las ocasiones que le proporciona su nor-

mal actividad en medio del mundo, para llevar el mensaje de Cristo a las personas que tiene cerca, de modo amable y atractivo, según el consejo del Apóstol: “Que vuestra conversación sea siempre con gracia,azonada con sal, de forma que sepáis responder a cada uno como conviene” (1 Co 10, 31). Con otras palabras, lo expresaba san Josemaría: “Darse sinceramente a los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría” (F, 591).

Cuando falta la alegría, se entorpecen las buenas relaciones en el ámbito de la familia o de los grupos sociales. La experiencia enseña que toda alegría que se vive al margen de Dios o contra Dios “no satisface, sino que introduce cada vez más al hombre en el torbellino en el que, a la postre, ya no podrá ser verdaderamente feliz” (RATZINGER, 1991, p. 481).

4. La alegría, rasgo característico del espíritu del Opus Dei

“Sólo tenía yo veintiséis años, gracia de Dios y buen humor” (CONV, 32). Así se expresaba san Josemaría al recordar el inmenso horizonte que se había abierto ante su mirada el 2 de octubre de 1928. En otro momento, afirmaba: “Por temperamento, he sabido tener habitualmente la sonrisa en los labios y en la mirada” (CECH, p. 792). Y poco antes de morir, confesaba, en una conversación informal: “Ser santo es ser dichoso, también aquí en la tierra. Y me preguntaréis quizá: Padre, y usted ¿ha sido dichoso siempre? Yo, sin mentir, recordaba hace pocos días (...) que no he tenido nunca una alegría completa; siempre, cuando viene una alegría, de esas que satisfacen el corazón, el Señor me ha hecho sentir la amargura de estar en la tierra, como un chispazo del Amor... Y, sin embargo, no me he sentido nunca infeliz, no recuerdo haber sido infeliz nunca. Me doy cuenta de que soy un gran pecador, un pecador que ama con toda su alma a Jesucristo. Así que infeliz, nunca; alegría completa nunca tam-

poco. ¡Ay qué lío me he hecho!” (citado en BERNAL, 1976, p. 158).

Un dato constante que señalan cuantos le conocieron fue su alegría y simpatía arrolladora: “Yo le recuerdo –señala una Hermana de la Caridad– siempre alegre. Si tuviera que destacar una cualidad de él, creo que me quedaría con ésta: la jovialidad, el gozo que emanaba su persona (...). Nos alegraba la vida con su modo de ser. Estábamos deseando que llegara, en aquella época de inseguridad y de probable y próxima persecución (...). No le vi nunca contagiarse de ningún espíritu de derrotismo...” (citado en SASTRE, 1989, p. 129). Y esa fue su constante enseñanza: “Estad siempre alegres. También a la hora de la muerte. Alegría para vivir y alegría para morir. Con la gracia de Dios, no tenemos miedo a la vida, ni tenemos miedo a la muerte (...). Nuestra alegría (...) tiene un fundamento sobrenatural, que es más fuerte que la enfermedad y la contradicción. No es una alegría de cascabeles o de baile popular. Es algo más íntimo. Algo que nos hace estar serenos, contentos –alegres, con contenido–, aunque a la vez, en ocasiones, esté severo y grave el rostro” (*Instrucción*, mayo 1935/14-IX-1950, n. 69: AGP, serie A.3, 90-1-1).

San Josemaría predicó siempre la santidad con buen humor. Buen humor que no es cuestión de temperamento, sino de vida interior. Las virtudes cristianas son virtudes alegres. Por eso previno: “De lejos viene el empeño diabólico de los enemigos de Cristo, que no se cansan de murmurar que la gente entregada a Dios es de la «encapotada». Y, desgraciadamente, algunos de los que quieren ser «buenos» les hacen eco, con sus «virtudes tristes». –Te damos gracias, Señor, porque has querido contar con nuestras vidas, dichosamente alegres, para borrar esa falsa caricatura (...)” (S, 58). Lo de santos “encapotados” proviene de santa Teresa, que rogaba a Dios: “De devociones necias y santos de rostro desabrido, líbranos Señor”.

5. La tristeza, enemiga de la alegría

La falta de alegría se denomina tristeza, que es una sensación desagradable, dolor o aflicción, causada por un mal presente y no deseado. Es característico de la tristeza apesadumbrarse ante el mal presente, lo que denota falta de fe y de esperanza.

Según su causa, cabrían tres tipos de tristeza. Hay una tristeza “buena”, cuando es provocada, por ejemplo, por el pecado, propio o ajeno. El mismo Jesucristo la padeció en el Huerto de Getsemaní: “mi alma está triste hasta la muerte” (Mt 26, 37). Una tristeza que podríamos también denominar “fisiológica”, que puede ser consecuencia de la enfermedad o del agotamiento. Y finalmente una tristeza “mala”, causada por la falta de correspondencia a la gracia de Dios, tristeza profunda que tiene su origen en la “enfermedad” del alma. Santo Tomás dirá que su origen es casi siempre la soberbia: “La tristeza mala proviene del desordenado amor a sí mismo, el cual no es un pecado especial, sino la raíz general de todos los pecados” (S.Th., II-II, q. 28, a. 4). En cualquier caso, la tristeza es un enemigo que hace la vida imposible (cfr. CECH, p. 795). De esta tristeza previene san Josemaría: “¿No hay alegría? –Piensa: hay un obstáculo entre Dios y yo. –Casi siempre acertarás” (C, 662).

El que se sabe hijo de Dios no debe dejarse vencer por la tristeza, sea cual sea la causa que la provoque, ni siquiera cuando el motivo son los propios pecados personales: “Cuando te apuren tus miserias no quieras entristecerte. Gloríate en tus enfermedades, como San Pablo” (C, 879). “Los hijos de Dios, ¿por qué vamos a estar tristes? La tristeza es la escoria del egoísmo: si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias” (AD, 92).

Voces relacionadas: Filiación divina; Paz.

Bibliografía: CECH, pp. 789-795; PABLO VI, Exhort. Ap. *Gaudete in Domino*, 1975; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976²; Ernesto JULIÁ DÍAZ, “Alegría (I. Teología moral)”, en GER, I, pp. 514-516; Philip LERSCH, *La estructura de la personalidad*, Barcelona, Scienica, 1974; Joseph RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, Madrid, Rialp, 1991; Daniel RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, Madrid, BAC, 1974; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989; José Luis SORIA, *Maestro de buen humor. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1993; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1995.

Miguel Ángel MONGE SÁNCHEZ

ALEMANIA

1. Los inicios de la labor. 2. Los viajes de san Josemaría a Alemania. 3. Desarrollo de la labor apostólica.

Alemania entró muy pronto en los planes de expansión apostólica de san Josemaría. Con la venia y bendición del cardenal de Colonia, comenzó en 1952 la labor estable en Bonn. La razón para la elección de esta ciudad fue, sin duda, que algunos fieles del Opus Dei ya habían trabajado profesionalmente allí; otros, habían ampliado estudios, asistido a encuentros internacionales, trabado amistades, y dado a conocer la Obra (cfr. GUTIÉRREZ RÍOS, 1969, p. 36; THOMAS, 2010, p. 30). Además, Bonn pertenecía a la diócesis de Colonia y Álvaro del Portillo conocía a su obispo, el cardenal Frings, que en 1946 había escrito una carta comendaticia para la aprobación pontificia del Opus Dei (cfr. AVP, III, p. 13); durante su asistencia al Congreso Eucarístico de Barcelona en 1952, el cardenal conoció una residencia universitaria del Opus Dei y visitó al obispo de Madrid, don Leopoldo Eijo y Garay, que le habló elogiosamente de san Josemaría. De hecho, el

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.